

LIBROS

EL THRILLER COMO OBRA MAESTRA

‘Corazón tan blanco’, 25 años después.

CÉSAR PÉREZ GRACIA

Javier Marías, *Corazón tan blanco*, Alfaguara, Madrid, 2017.

Hay un soneto pasmoso de Lope de Vega sobre el amor como un febril desasosiego, que puede servirnos para explorar, para leer con lupa carnal, si vale la expresión, las páginas más espeluznantes de *Corazón tan blanco*. El Museo de Estocolmo alberga la *Dama velada* de Roslin, 1768, una tapada sueca, precursora de las majas de Goya.

Las tapadas de Lope

Describe Lope las múltiples caras del deseo y el arrebatado de la sensualidad desbocada. Ortega se identifica con este Lope galante en su ensayo “Contreras o el aventurero”, y en el prólogo al *Collar de la paloma*, señala, “el amor furtivo, cima del amor”. Como buen dramaturgo, Lope baraja los rostros y las paradojas. “Áspero, tierno, liberal, esquivo”. Es difícil superar la música de esos cuatro adjetivos, pero no nos sirven para CTB. Sin embargo, hay un endecasílabo muy mariesco:

“Leal, traidor, cobarde y animoso”. Corazón tan blanco puede significar, tan pálido, tan cobarde. Baroja usa “blanco” como mote golfo de varón pusilánime en *La busca*. Pero quizá el verso clave para leer CTB es el que dice: “Crear que un cielo en un infierno cabe”. Los buenos versos siempre son un cruce de gracia expresiva e inteligencia fulgurante. Ranz sufre en carne propia esa experiencia atroz del amor infernal. La pintura del amor como arcadia perenne es una flagrante chorrada. Las tapadas de Lope eran las bellezas furtivas del Siglo de Oro a la caza del amor furtivo. Goya vuelve a retratar a las majas o tapadas dieciochescas en los *Caprichos*, campando a su antojo por los desmontes de la Moncloa y la Pradera de San Isidro. Son las noches de Boccherini. Beber veneno de oro en cáliz delirante. La mujer es secreta, dice Donne, vertido por Paz, como libro de emblemas para indoctos. “Esto es amor, quien lo probó lo sabe”. Remata Lope su soneto.

CTB en diez líneas

Si tuviera que contar *Corazón tan blanco*, tarea tan audaz como imposible, y cediese a la osadía, tal vez la resumiese así: El autor es un soltero contumaz y ha inventado un narrador que vive su incipiente matrimonio como una extraordinaria aventura. Vamos, como si explorase juntas el África, la India y el Amazonas en trescientas páginas. Lo que pasa, es que en lugar de sentir los celos de Otelo por el pasado de su esposa Luisa, el narrador aparece traumatizado por el pasado mujeriego de su propio padre, un viudo sucesivo de tres esposas, dos de ellas muertas por muerte violenta. Y ese trauma lo lleva con elegancia, puede que hasta con escepticismo de *bon vivant*, incluso con desdén o cautela, y sin embargo, su esposa Luisa, está convencida de que logrará la confesión de Ranz padre, en torno al primer matrimonio cubano, envuelto en un inescrutable silencio. Es como si el protagonista de CTB sintiese un pánico conyugal ante la mera idea de que Luisa pueda acabar como las mujeres de Ranz. La mera sospecha de que en sus venas corra la misma sangre, el mismo latido, la misma canción, que pueda desembocar en esas pasiones carnales tan salvajes, lo deja amilanado. Y quien quiera saber más, que lea o relea la novela.

El matrimonio simultáneo

Nunca se parte de cero, en nada. La extraña paradoja es que somos criaturas milenarias de vida efímera. La boda civil de Ranz hijo en el Casino de Madrid involucra a todo un cúmulo de avatares familiares. Las dos hermanas Aguilera, la abuela habanera, los amigos falsificadores de Ranz, los Custardoy, el profesor Villalobos, Gloria Cienfuegos?, y así, hasta el infinito. Cada paso, cada mirada, cada reflexión, provoca sutiles cambios catastróficos en la vida cotidiana.

No hay mapas de las travesías conyugales. Quizá porque las travesuras discurren siempre a oscuras. En CTB, thriller holmesiano, se nos ofrecen las perturbaciones microscópicas del efecto Ranz padre sobre el matrimonio de Luisa y Ranz hijo. El poder tóxico de las palabras, incluso las más inocuas o banales, pueden desatar fastuosas tormentas conyugales en un vasito de agua.

El discreto encanto del encanallamiento conyugal

El cinismo conyugal. Custardoy hijo es el espejo de un tipo de sexualidad canalla, que en cierto modo, en cierto grado, afecta a todos los personajes de CTB, los tiñe leve o intensamente, los intoxica, los emponzoña. Es el lado morboso de la novela, quizá su gancho multitudinario, el secreto acaso de su masiva lectura tanto en España –cuyas ventas reales en su lanzamiento siguen siendo un misterio– hasta el bombazo *best-seller* en Alemania.

Hay otro aspecto curioso en la novela. Su estilo desolador, como de Lear perdido en un infinito páramo, en el que apenas hay unas gotas de humor puntual en la novela, rasgo muy habitual en otras novelas mariescas. Pienso en *Todas las almas*, la cena dickensiana, por ejemplo. Es cierto que aparece Jerry Lewis, y que Luisa es mujer risueña, pero mi impresión es que en CTB, la dosis de desolación final eclipsa las risas y donaires. No sé hasta qué punto la prosa de Bernhard, por ejemplo, tiñe o no los pasajes más sombríos de la novela. La descripción de Madrid es un buen ejemplo, o mejor dicho, de los madrileños como tribu callejera. Nadie aguanta en casa a media tarde, como si en la calle regalasen caramelos, Ferraris, camisetas de Zidane. Pienso también en la corrupción

en el mundo del arte, los peritajes de cuadros, la hipótesis grotesca de los ujieres o bedeles como expertos en el Greco, que ya son ganas de enredar. Expertos en luz de salmuera, por decirlo con guasa. Cambiar un Solana por un cerdo, por un cochino, sic. Bernhard la liaba parda con el fabuloso Museo de Viena por no albergar un solo Goya, lo cual es una falacia de gran cascarrabias, puesto que atesora una de las mejores salas de Velázquez que existen en el mundo. Y yo me pregunto, quién echa de menos a Goya, teniendo esos tesoros de Velázquez.

Un tenorio bicéfalo, Ranz y Custardoy hijo

En realidad somos algo ingenuos al leer, y en la primera lectura de una novela como CTB, quizá no somos apenas conscientes del engatusamiento novelesco. Lo digo por la extraña amistad entre Ranz y Custardoy hijo. Ranz es un Zeri, un Haskell, un Chastel, una lumbrera del Prado, una lumbrera sobornable, así lo sugiere Ranz hijo, el narrador. Pero su fascinación por Custardoy hijo, no se basa en el oficio de copistas del Prado, sino en su calidad de majó bronco y procaz, un matamujeres, por usar un vocablo que le va como anillo al dedo, a Ranz padre. Aquí radica uno de los aciertos novelescos de CTB, en el dibujo de esta afinidad canalla entre dos generaciones. A Ranz se le cae la baba escuchando las perrerías galantes de Custardoy *figlio*. Curioso que en una novela de oyentes furtivos, tengamos que imaginar esas conversaciones salaces. El autor sabe latín novelesco. En cierto modo, JM nos está regalando a la chita callando, un avatar de Jekyll y Hyde (dos y griegas, please) en forma de tenorio bicéfalo. Ranz es el Casanova *killer*, y Custardoy es el zángano bohemio, el majó engatusador, como esos gigolós estivales del Prado que seducen sexagenarias yanquis atiborradas en dólares. El narrador finge una ingenuidad narrativa ante estas andanzas bicéfalas, Ranz jamás suelta prenda, Custardoy habla por los codos. A Marías siempre le ha pirrado jugar con los dobles librescos. En todo caso, este dueto Ranz-Custardoy *figlio*, es quizá el personaje clave de la novela. El narrador lo usa como espejo deformante, un espejo que simultáneamente fascina y espanta. Cocktail que sin duda alborota la imaginación del lector ingenuo y le hace leer febrilmente esta endemoniada novela.

Nieves o el amor pueril

En CTB hay pequeñas sorpresas digresivas. Una de ellas es el personaje de Nieves, la niña de la papelería cerca de la casa de Ranz, de la que se prenda el narrador, el hijo de Ranz. Un amor de patio de colegio, por así decir. Pasa el tiempo y Nieves, que era una niña preciosa, se convierte en una mujer vulgar. Evidentemente, todo esto lo sabemos por fogonazos retrospectivos del narrador, suscitados por una suerte de pensamiento frívolo. En cierto modo, en apenas dos páginas se nos sintetiza una novela en miniatura. Una novela que puede ser un híbrido de Ramón Gómez de la Serna y de Unamuno. Nieves, una novela madrileña en miniatura. No es casual que justo cuando va a contraer matrimonio con Luisa, surja Nieves como un contrapunto cervantino, “La ilustre dependienta”, por así decir. Lo que pudo ser y no fue, la feria de las contingencias. Pero, esta novela en ciernes, la novela de Nieves, recuerda en cierto modo, a Don Sandalio, el jugador de ajedrez de Unamuno. Un personaje epidérmico, un tipo, que de sopetón revela una chispa de profundidad inusitada. El narrador es consciente de que esa novela surge como fruto de un pensamiento frívolo o vano. La preciosa niña se convierte con el tiempo en una insulsa, una mujer vulgar, y el pretendiente teórico y pueril, convertido en adulto cosmopolita, se pregunta si podría haber salvado a Nieves de esa vida vulgar, como si por un instante de frívola moralidad, si la moral puede ser frívola, considerase que la princesa de la papelería de Chamberí, podría haberse convertido en una suerte de “My Fair Lady”, el narrador convertido en Pigmalión de Bernard Shaw. Nieves Audrey y Rex Ranz. Sin duda, me he cargado la gracia de esa novelita de Chamberí, pero el lector tiene la suerte de poder disfrutarla en CTB, sin trampa ni cartón.

El balcón triplicado : Habana, Nueva York, Madrid

Benet sostenía que una novela se salva si contiene dos o tres fragmentos memorables. Singular teoría que echa por tierra buena parte de la mejor novela europea. Es posible que el argumento de CTB sea un cúmulo feliz, la suma del estilo, de la digresión y del olfato novelesco de Marías, cuya brújula jamás sabe qué sucederá en la página inmediata.

La mayoría de los plumíferos presumen de todo lo contrario, lo saben todo de antemano. Pero, vayamos a los hechos, a las páginas concretas. El balcón nocturno habanero de Miriam en el viaje de bodas, el balcón neoyorquino de Berta la cojita, el balcón madrileño de Luisa. Son tres balcones o tres miradas o tres tiempos del joven Ranz, como si las tres bodas del viejo Ranz, el enigma de la primera boda pululando como una sombra siniestra, planeasen en todo momento sobre su vida de marido novato. Tres tristes balcones, tres tristes bodas. Por si fuera poco, la cubierta de la primera edición, luce un balcón del pintor Gervais, un cuadro del museo de Burdeos. Y en otra cubierta de JM vemos un balcón de Caillebotte, asomado a un bulevar parisino. No es una imagen, un motivo, el balcón, que le sea indiferente.

El thriller de fuero interno

Un agudo novelista neoyorquino ha escrito hace poco que en las novelas del madrileño, el thriller no discurre fuera sino en la mente del narrador. En buen español, decimos que la procesión va por dentro, el thriller de espía involuntario o suspense conyugal nos atrapa desde el minuto uno, porque el lector no tiene más remedio que verbalizar la música del tiempo en estado de vilo. Amor y muerte brotan del mismo río, como nos enseñó Leopardi. “Yo no había nacido, los muertos son como pinturas, mujeriego teórico, las almohadas hablan por los codos, un Greco falso”. Por momentos, pensamos en Sterne, al párrafo siguiente en recursos del cine mudo, Chaplin, o de James Bond, un celador se aburre con Rembrandt, nos asaltan un cúmulo de preguntas inquietantes. Y vuelven las canciones de la infancia, el patio del colegio y su moral inocente, pueril, acaso risible, pero salvadora en última instancia. Y vuelve a sonar el organillo en una calle de Madrid, pese a que el mundo discurre por otros rumbos, Nueva York o Ginebra, y sentimos que estamos en una sonata de JM, un Schubert de la Glorieta de Quevedo¹ las almohadas saben latín, los cónyuges

¹ Ahora que el pianista canadiense Glenn Gould vuelve a la actualidad, y se muestra su silla de gnomo para los conciertos, he recordado la peculiar silla roja en la que JM tecleó de cabo a rabo su CTB, todavía en Vallehermoso.

callan la mitad de lo que saben o hablan como cotorras, yo no había nacido, pero luego tuve todo el tiempo del mundo para aprender o para olvidar lo aprendido, o para callarlo, para dudar, para sospechar, para vivir eternamente en vilo.

El acelerón final

CTB arranca con un breve capítulo de infarto, un Flaubert de JM, “Un coeur simple”, y con un chico de colmado que silbotea, digno de Lubitsch, y se cierra con una conversación espionada o escuchada furtivamente, con el alma en vilo. La novela podría titularse Corazón en vilo, pese a que se remansa y divaga lo suyo, pero con esa destreza de oficio novelesco, con un olfato magistral para saber cuándo hay que echar toda la carne novelesca en el asador. Marías es un crack de la novela europea, y no digo europea a humo de pajas, pocos autores se saben de memoria y en su propia lengua, a los grandes del oficio. Un Sterne, un Flaubert, un Henry James, un Cervantes. Pero no se contenta con los novelistas, hay frases y tonos o cadencias que suenan a Jorge Manrique, a Shakespeare, a Eliot. Uno de los *leit-motiv* de la novela son las mujeres cubanas, eh, tu chico, con esa gracia tropical, como de gaditanas del Caribe. Dos patrias tengo yo, escribió Martí, Cuba y la noche. En CTB, Cuba y el fuego.

La carta australiana de Benet sobre CTB

En el precioso estuche que Alfaguara dedica a los 25 años de CTB se incluye un tomo sobre la recepción crítica de la novela. Quizá la pieza más memorable es la carta australiana de Juan Benet, el 24 de febrero del 92, desde Canberra, a mitad de camino entre Sidney y Melbourne, siguiendo los pasos y las páginas de Chatwin. Pensaba Benet leer la novela en el vuelo Barajas-Buenos Aires, pero se dejó las gafas en casa. Cuando las recuperó, logró empezar su lectura en el vuelo Río Gallegos-Auckland. Río Gallegos está en el quinto coño, al sur de la Patagonia, en el meridiano de las Malvinas. Mi geografía es penosa, daba por sentado que el vuelo fue directo a Australia, y compruebo, que CTB fue leída por Benet, íntegramente en Nueva Zelanda, la patria de Sir

Peter Russell, el cervantista de Oxford, maestro de Eric Soutworth. Terminó su lectura en Huka Lodge, a orillas del río Waikato, donde se reconfortó con un baño de partes. De modo, que la carta fue australiana, pero la lectura fue neozelandesa, con arranque argentino. “Nadie en España tiene el oficio necesario para escribir unas páginas como las tuyas”, dice Benet. Las páginas descollantes según Benet discurren entre “Era ese canto inconsciente” pag 51-53, y por encima de todas, 90-96, cuando el padre formula la inquietante cuestión : “¿Y ahora qué? Ufanía y fingido asombro. Tenemos un gato.” Benet consideraba que no hay novela lograda al cien por cien, la superstición de la totalidad. En otro contexto, *Panfleto contra el Todo*, es un libro de Savater. A lo más que puede aspirar un escritor es a lograr un fragmento excelso, y si es así, puede darse con un canto en los dientes. Como colofón un aforismo benetiano cierra la misiva que vale su peso en oro. “Las ideas sólo son fructíferas si al pasar de unos a otros pierden la paternidad”. Cito de memoria. Un año después Benet descansaba en la Almudena junto a su hermano Paco, de muerte aventurera a orillas del Tigris, si no me falla la temblorosa memoria.

Las páginas macbethianas de CTB

Cuando daba por hecho que la novela no me iba a sorprender de nuevo, que la recordaba bien, compruebo que no es así. Las páginas de Ranz padre, convertido en pirómano habanero son realmente diabólicas, o si uno lo prefiere macbethianas. Como si por vez primera el autor hubiese tuteado al genio inglés. O si se prefiere puro Hitchcock. La verdad es que no las recordaba en absoluto, leí de un tirón la novela, de una sentada, digamos en diez horas. Pero es idiota hacer arqueología a estas alturas. Lo que cuenta ahora es la segunda lectura más pausada, en un par de semanas, sin prisas. La sensación es que esas páginas son una de las cimas novelescas de Marías. Es posible que esas páginas tenebrosas –con luz de cigarro, por así decir– expliquen el arrebatado de los tedescos, el persuasivo demonio de la voluntad, la voluntad febril de poder faústico, hmm, pues ellos hicieron un buen ensayo, un master colectivo con Hitler.

El cuento de terror que pudo inspirar CTB

El detonante del espanto conyugal de CTB acaso no sea solamente Macbeth, sino un breve cuento de terror que el propio Marías tradujo dos años antes de la publicación de la novela. Se trata de *The Making of a Man*, “Cómo se hace un hombre” de Richard Middleton, publicado en su versión española en *Cuentos únicos*, 1989. El cuento es escalofriante, un estudiante, un adolescente, perdido en la noche de Londres, se encuentra con una hermosa mujer y... se busca la ruina. El chico hace un master en descuartizador de Boston y luego se doctora en trato carnal.

Cuando Ranz hijo viaja a Bruselas desconoce algo que el autor se sabe de memoria, allí se suicidó Middleton en 1911. Marías escribe en su semblanza de *Cuentos únicos* que era “hombre de enorme talento si no de genio” según la crítica de entonces. Si es así, si Middleton era un genio, por qué no inspirarse en ese cuento pavoroso, posible prefiguración de las páginas más escalofriantes de JM en CTB.

El balcón nocturno. Música nocturna de Madrid.

Ranz hijo se empeña en no mortificarse con el pavoroso pasado paterno, pero no sabemos si lo logra. Se pasa los días espantando los malos agüeros, lleva en la sangre el gafe de la contingencia. No podemos descartar nada, y lo peor está a la vuelta de la esquina. Ranz hijo está inmerso en una imaginación febril, enfermiza, pero trata de sobrellevarla con humor traslaticio, se pasa el tiempo cotejando conceptos en cuatro idiomas. Vive cuatro vidas en una, como asomado siempre a cuatro balcones, Habana, Nueva York, Ginebra o Madrid. Nos dice hasta ocho restaurantes madrileños, Rugantino, existe un italiano de ese nombre en la calle Velázquez. Pero hasta la comida más sabrosa se nos puede atragantar si enfrente tenemos a Lady Macbeth. Las mujeres tienen un arte especial para poner en evidencia nuestras múltiples cobardías. No digamos Madame Macbeth. Marías se ha atrevido a explorar ese siniestro sendero de Shakespeare, pululando por el ancho mundo, pero como sin salir de Madrid. Sus frases blancas se tiñen de color rojo, de lluvia nocturna, de bochorno habanero, de música de organillo, y cuando pensamos que hemos disipado lo peor, quizá anhelamos las notas de un

Scarlatti o un Schubert, pero todo brota mezclado en el umbrío mundo, y sin querer, volvemos al Madrid nocturno de Marías, atisbando por el balcón al falso bohemio Custardoy, el perro Cerbero bajo la lluvia.

El arte de la confidencia. Crítica comparada.

Si la filosofía es la historia de la filosofía, según Hegel, o dicho en otras palabras, la historia del soliloquio sofisticado, podríamos decir que la novela es la historia del diálogo de ficción, alta ficción en el caso de Cervantes. Para Reich-Ranicki, experto en Thomas Mann, CTB, es una obra maestra. Contar secretos puede ser la mayor prueba de amor. Esas palabras de JM le hicieron mella. Wendy Lesser en su reseña neoyorquina, ironiza sobre el narrador voyeur de CTB, porque en modo alguno, sería un voyeur inocuo, en su torre de marfil, sino que se trataría de alguien obsesionado con los límites del conocimiento. Un voyeur kantiano. Qué sabemos de los demás. En la vida real muy poco, ni siquiera de los más cercanos. En la literatura, casi todo, pero claro, es un casi todo ficticio.

Veamos un ejemplo. Luisa, al ver sumido a Ranz hijo en la perplejidad, propiciada por el hermetismo de Ranz padre, se empeña en sonsacar la verdad del primer matrimonio cubano de su suegro. Es como si ambos estuviesen leyendo *Tifón* de Conrad, y en medio de la pavorosa tormenta, el cuaderno de bitáfora del navío, les revelase que lo peor está por llegar.

En CTB, la tormenta, el tifón conradiano, resultan invisibles, pero se barruntan. El tifón va por dentro. De igual modo, la relación de ambos esposos novatos, de confidencias de almohada en la penumbra nocturna, de ingenua complicidad, como de patio de colegio mixto, puede recordar, en cierto modo, *La lección del maestro*, de Henry James. Damos por consabidas demasiadas cosas en el ámbito de la vida cotidiana, no digamos en la vida conyugal. Las relaciones humanas siempre son laberínticas. “El oscuro laberinto del amor”, escribió Gracián. 🐣

CÉSAR PÉREZ GRACIA ES ESCRITOR. AUTOR DE *RETRATOS DE GOYA*.